

RICHARD OSMAN

EL MISTERIO
DE LA BALA PERDIDA

Una novela del Club del Crimen de los Jueves

Traducción de Albert Fuentes Sánchez


ESPASA

PRIMERA PARTE

UN ROSTRO CONOCIDO
EN CADA ESQUINA

1

—No necesito maquillaje —dice Ron. Ha elegido una silla de respaldo recto porque Ibrahim le ha dicho que en la tele no puedes salir repantigado.

—¿Ah, no? —responde la maquilladora, Pauline Jenkins, sacando varios pinceles y paletas de su bolsa. Ha instalado un espejo en una mesa de la sala de los puzles. Tiene bombillas en el marco y la luz se refleja en sus pendientes de color cereza, que oscilan a un lado y a otro.

Ron nota que le sube ligeramente la adrenalina. De eso va la cosa. Un poco de tele. Pero ¿dónde se han metido los demás? Les dijo que podían pasarse si les apetecía, que tampoco era para tanto, aunque le sabrá fatal si al final no aparecen.

—Tendrán que aceptarme como soy —dice Ron—. Me he ganado a pulso este careto. Cuenta una historia.

—Una historia de terror, si no te importa que te lo diga —contesta Pauline, echando un vistazo a la paleta de colores antes de volver a concentrarse en el rostro de Ron. Le lanza un beso.

—No todo el mundo puede ser guapo —repite Ron. Sus amigos saben que la entrevista es a las cuatro. No pueden tardar en llegar, ¿no?

—En eso estamos de acuerdo, querido —conviene Pauline—. Yo no obro milagros. Aunque me acuerdo de

cómo eras en los buenos tiempos. Un cabrón bien guapo, si te va ese rollo...

Ron suelta un bufido por toda respuesta.

—Y a mí sí que me va ese rollo, si te digo la verdad —continúa Pauline—. No hay cosa que me guste más. Siempre luchando por los trabajadores, ¿no? Poniendo el cuerpo cuando hacía falta. —Pauline abre una polvera—. Todavía crees en toda esa historia, ¿verdad? Arriba la clase obrera...

Ron echa atrás los hombros solo un poco, como un toro a punto de embestir.

—¿Si todavía creo en eso? ¿En la igualdad? ¿Si todavía creo en el poder de la clase obrera? ¿Cómo te llamas?

—Pauline —responde ella.

—¿Si todavía creo en la dignidad de un trabajo justo por un sueldo justo? Más que nunca.

Pauline asiente.

—No sabes cuánto me alegro. Ahora, cierra el pico durante cinco minutos y deja que haga el trabajo por el que me pagan, que es recordarles a los espectadores de *Diario de noche del sureste* que eres un guaperas.

Ron abre la boca, aunque, raro en él, no articula palabra. Sin más preámbulo, Pauline se pone a trabajar en la base.

—Pero qué dignidad ni qué niño muerto. ¿Has visto qué ojazos tienes? Como el Che Guevara si fuera estibador.

Ron ve en el espejo que la puerta de la sala de los puzles se abre. Joyce entra. Sabía que ella no lo dejaría en la estacada, entre otras razones porque ella sabe que Mike Waghorn también estará allí. Todo esto ha sido idea de Joyce, a decir verdad. Ella eligió el caso.

Ron se fija en que lleva una rebeca nueva. Esta mujer no tiene remedio.

—Nos dijiste que no ibas a dejarte maquillar, Ron —señala Joyce.

—Me han obligado —replica él—. Te presento a Pauline.

—Hola, Pauline —saluda Joyce—. No te lo han puesto nada fácil hoy.

—Me he visto en situaciones peores —contesta Pauline—. Trabajé un tiempo en una serie de médicos.

La puerta vuelve a abrirse. Entra un operador de cámara, luego un técnico de sonido y, por último, una mata de pelo blanco, el frufrú de un traje caro y el perfume perfecto, masculino y sin embargo sutil de Mike Waghorn. Ron ve que a Joyce se le suben los colores. Pondría una mueca de fastidio si no fuera porque Pauline le está aplicando un corrector de ojeras.

—Bien, ya estamos todos —exclama Mike con una sonrisa tan blanca como su pelo—. Me llamo Mike Waghorn. El único, el inimitable, no acepten sucedáneos.

—Ron Ritchie —dice Ron.

—El mismo, el mismísimo —responde Mike estrechándole la mano—. No ha cambiado ni un pelo, ¿eh? Esto es como ir de safari y ver a un león de cerca. Este hombre es un león, ¿no crees, Pauline?

—Pues no sé, pero un animal sí que es —concede Pauline, empolvándole las mejillas a Ron.

Ron ve que Mike vuelve la cabeza lentamente hacia Joyce y le arranca la rebeca nueva con la mirada.

—¿Y quién es usted, con el debido respeto?

—Soy Joyce Meadowcroft —contesta ella, y poco le falta para hacerle una reverencia.

—Estupendo —dice Mike—. ¿Así que usted y el maravilloso señor Ritchie son pareja, Joyce?

—No, qué va. Por el amor de Dios, solo de pensarlo... Madre mía, no —repite ella—. Somos amigos. No te lo tomes a mal, Ron.

—Muy buenos amigos —dice Mike—. Qué suerte la tuya, Ron.

—Para de ligar, Mike —le advierte Pauline—. Nadie tiene interés.

—Bueno, Joyce sí lo tiene —dice Ron.

—Lo tengo —asiente ella para sus adentros, pero lo bastante alto para que se oiga el comentario.

La puerta vuelve a abrirse e Ibrahim asoma la cabeza. ¡Buen chico! Ahora solo falta Elizabeth.

—¿Llego tarde? —pregunta Ibrahim.

—Llegas justo a tiempo —dice Joyce.

El técnico de sonido se ha acercado a Ron y le está colocando un micro en la solapa. Ron lleva una americana encima de su camiseta del West Ham porque así se lo ha rogado Joyce. Un gesto innecesario, según él. Un sacrilegio, a decir verdad. Ibrahim toma asiento al lado de Joyce y se queda mirando a Mike Waghorn.

—Es usted muy apuesto, señor Waghorn. Tiene una belleza muy clásica.

—Gracias —responde el interpelado asintiendo en gesto de conformidad—. Me gusta jugar al squash, me pongo crema hidratante y la naturaleza se ocupa del resto.

—Y mil libras a la semana en maquillaje —añade Pauline mientras da los últimos toques a Ron.

—Yo también soy guapo, o eso es lo que suelen decirme —comenta Ibrahim—. Creo que, a lo mejor, si mi vida hubiera ido por otros derroteros, también podría haber sido presentador de telediarios.

—Yo no soy presentador de telediarios —replica Mike—. Soy un periodista al que le ha tocado presentar las noticias.

Ibrahim asiente.

—Con una mente aguda. Y muy buen olfato para una exclusiva.

—Bueno, por eso estoy aquí —dice Mike—. En cuanto leí el correo electrónico, me olí que aquí había una noticia potente. Una nueva forma de vida, comunidades de jubilados, y el famoso rostro de Ron Ritchie en el mismo centro de todo este tinglado. Pensé: «Sí, a mis espectadores les encantará que le dedique unos minutillos».

Han sido unas semanas tranquilas, pero Ron está encantado de que el cuarteto haya vuelto al trabajo. La entrevista no era más que un pretexto. La planeó Joyce para atraer a Mike Waghorn a Coopers Chase. Para ver si podía ayudarlos en el caso. Joyce envió un correo electrónico a uno de los productores. De todos modos, le ha servido a Ron para volver a salir en la tele, y está la mar de contento.

—Señor Waghorn, ¿le apetece cenar con nosotros más tarde? —pregunta Joyce—. Tenemos mesa reservada a las cinco y media. Después del ajetreo.

—Puedes tutearme y llamarme Mike —responde él—. Y no, lo siento mucho, pero no. Procuro no mezclarme demasiado con la gente. Es una cuestión de intimidad y de gérmenes y qué sé yo. Seguro que lo entiendes.

—Oh —musita Joyce.

Ron ve su cara de desilusión. Si hay un fan más incondicional de Mike Waghorn en Kent o en Sussex, le gustaría conocerlo. De hecho, ahora que lo piensa, la verdad es que no le gustaría conocerlo.

—Siempre hay una gran cantidad de alcohol —le dice

Ibrahim a Mike—. Y me figuro que vendrán muchos seguidores suyos.

Este último comentario hace que Mike se lo piense.

—Y así podremos hablarle del Club del Crimen de los Jueves —remacha Joyce.

—¿El Club del Crimen de los Jueves? —inquiére el presentador—. Con ese nombre, parece un invento.

—Todo es un invento cuando uno se para a pensarlo detenidamente —repite Ibrahim—. El alcohol está subvencionado, por cierto. Intentaron cortarnos el grifo de las subvenciones, pero pedimos una reunión, tuvimos un intercambio subido de tono y al final recapacitaron. Y a las siete y media podrá volver a su casa.

Mike se mira el reloj y luego se vuelve hacia Pauline.

—¿Qué te parece si nos apuntamos a una cena rápida?

Pauline mira a Ron.

—¿Tú vendrás también?

Ron mira a Joyce y esta asiente con rotundidad.

—Pues parece que sí —contesta él.

—Entonces nos apuntamos —asiente Pauline.

—Muy bien, muy bien —dice Ibrahim—. Queríamos comentarle algo, Mike.

—¿De qué se trata? —pregunta este.

—Todo a su debido tiempo —replica Ibrahim—. No quiero robarle protagonismo a Ron.

Mike se sienta en una butaca que hay delante de Ron y empieza a contar hasta diez. Ibrahim se inclina hacia Joyce.

—Está comprobando el volumen del micro.

—No me digas —responde Joyce, e Ibrahim asiente—. Gracias por conseguir que se venga a cenar. Nunca se sabe, ¿no crees?

—Nunca se sabe, Joyce. Ahí has dado en el clavo. Quizá terminéis casados antes de fin de año. Y aunque no caiga esa breva, que es un supuesto para el que es preciso prepararse, estoy seguro de que recabaremos mucha información sobre Bethany Waites.

La puerta se abre una vez más y Elizabeth entra en la sala. La pandilla está ya al completo. Ron disimula la emoción. La última vez que tuvo un grupo de amigos así, estaban todos en el hospital después de que los antidisturbios los hubieran apaleado con sus escudos durante la huelga de impresores en Wapping. Días felices.

—No me hagas mucho caso —dice Elizabeth—, pero te veo distinto, Ron. ¿Qué te pasa? Tienes cara... de buena salud.

Ron suelta un gruñido, pero ve que Pauline sonrío. Tiene una sonrisa deslumbrante, eso hay que reconocerlo. ¿Podría aspirar a Pauline? Sesenta años largos, ¿algo joven para él? ¿Y a qué puede aspirar él hoy? Hace mucho que no lo comprueba. Da igual, menuda sonrisa.

2

A veces no es fácil dirigir desde una celda a una banda de narcotraficantes con unos activos de varios millones de libras. Pero Connie Johnson está descubriendo que no es imposible.

La mayor parte del personal de la cárcel está de su lado, ¿y por qué no iban a estarlo? Se pasa el día soltando pasta. Aunque todavía hay un par de guardias que se le resisten, y Connie ya ha tenido que engullir dos tarjetas SIM ilegales esta semana.

Los diamantes, los asesinatos, la bolsa de cocaína. La habían pringado a base de bien, los muy cucos. Faltan un par de meses para que se celebre su juicio y Connie desea que todo siga funcionando como un reloj hasta ese día. Quizá la declaren culpable, quizá no, pero Connie prefiere pecar de optimismo en todas las facetas de la vida. «Prepárate para tener éxito», solía decirle su madre, aunque poco tiempo después murió atropellada por una furgoneta sin seguro.

Ante todo es fundamental mantenerse ocupada. La rutina es importante en la cárcel. También lo es tener proyectos de futuro, y el de Connie consiste en cargarse a Bogdan. Él es el culpable de que esté encerrada y, aunque sus ojos sean del color de un lago alpino, tendrá que palmarla.

Y también el viejo. El tipo que ayudó a Bogdan a incriminarla. Ha hecho algunas averiguaciones y ha descubierto que se llama Ron Ritchie. Él también tendrá que palmarla. Esperará a cerrar el tema del juicio —a los jurados no les gusta que los testigos sean asesinados—, pero luego se los cargará a los dos.

Connie mira el móvil y ve que un tipo que trabaja en la administración de la cárcel está en Tinder. Se lo ve medio calvo y está junto a lo que parece un Volvo, nada menos, pero Connie desliza su perfil hacia la derecha igualmente, porque nunca se sabe cuándo alguien puede resultarte útil. Ve de inmediato que son un *match*. Menuda sorpresa...

Connie se ha informado un poco sobre Ron Ritchie. Por lo visto, el tipo fue famoso en los años setenta y ochenta. Se fija en la foto que ha abierto en el móvil; tiene cara de boxeador fracasado mientras berrea con un megáfono en la mano. Es evidente que al tipo le gustaba ser protagonista.

«Menuda suerte la tuya, Ron Ritchie —piensa—. Volverás a ser famoso cuando haya acabado contigo.»

Si algo tiene claro Connie es que hará todo lo que esté en su mano para pasar el menor tiempo posible en la cárcel. Y en cuanto ponga un pie en la calle, que empiece la fiesta.

A veces hay que tener un poco de paciencia en esta vida. A través de los barrotes de su ventana, Connie mira el patio de la prisión y las montañas que se alzan más allá de los muros. Enciende su cafetera Nespresso.